

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8150

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—1.º mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letas de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París el E. A. Lorette, rue Caumarlin, 6. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 5 de Enero de 1889

MORALEJA

Doña Blasa Tanjente,
Mujer, aunque muy buena, algo imprudente,
Se irritó con su yerno Pepe Zarco,
Porque gustaba del café de EL BARCO.
Y al otro día al despuntar la aurora
Murió del berrenchín; ¡pobre señora!

Esto prueba lector que es gran demencia
El hablar mal de EL BARCO DE VALENCIA.

Los cafés empaquetados y los de la gran
fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obteni-
do la única medalla de plata en la Exposi-
ción Universal de Barcelona, y los chocolates
la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor
en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez
Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

ECOS DE MADRID

4 Enero de 1889.

Comenzó el año lluvioso y frío y las pri-
meras noticias que circularon en Madrid
fueron las de tres muertes repentinas, un
suicidio y una riña de cuyas resultas quedó
moribundo un pobre hombre.

—No es viernes es martes! decían al sa-
ber tan deplorables sucesos las personas
agoreras.

El mismo día, á la una de la tarde y en
uno de los sitios más céntricos de la corte
se efectuaba un robo que sería calificado
de inverosímil si un novelista lo hubiera
utilizado en alguna de sus obras.

Un capitán de marina se vió de pronto
al lado de un hombre que embozado en
una capa y am nazándole con una pistola
le dijo:

—Deme V. la cartera ó le mato.

Volvió el marino la cara en demanda de
alguna persona que le favoreciese y halló á
su lado un caballero con un puñal en la
diestra que repitió la misma orden.

En esta situación y no atreviéndose á
pedir auxilio viéndose como se veía entre
un puñal y un revólver, sacó la cartera del
bolsillo y la entregó á uno de los dos pedi-
guños. Este con la mayor tranquilidad la
abrió, se apoderó de siete billetes de Banco
de mil pesetas cada uno y desapareció con
su camarada no sin devolver la cartera
yacia al que tan tontamente acababa de
ser despojado.

—Pero no había allí guardias de orden
público? preguntará el lector.

—Los que prestaban servicio no lejos del
paraje donde se cometió el robo dicen que
nada vieron.

—Buen principio de año! Perder veinti-
ocho mil reales! Estos pícaros martes
murmuraban al saber la noticia los que aun
creen que el martes es un día aciago.

No lo fue para los dos atrevidos escarho-
teadores, que en pleno día y en el paseo
de Recoletos que es un paraje de los más
céntricos de Madrid se apoderaron de siete
mil pesetas.

Aquella misma tarde, ya al anoche-
cer alquilaron un coche cinco prójimos y en-
cargaron al cochero que los llevase á la
Puerta de Hierro que estará á cosa de tres
kilómetros del radio de Madrid.

Iban alegres; el villito había hecho de
las suyas en aquellos cerebros naturalmen-
te destornillados.

Ya lejos de las últimas casas se ocurrió
á uno de los cinco una idea.

—Vamos á divertirnos matando al coche-
ro, dijo á sus camaradas.

—Hombre sí, buena ocurrencia, con-
testaron en coro.

—Pues manos á la obra.—Cochero pa-
ra...

El auriga había oído el proyect y ape-
nas paró, se apeó del pescante

Salieron del coche los cinco cafres que
proponían divertirse matando á un hombre
que no les había hecho daño alguno y el
más audaz sin preámbulos de ningún gé-
nero dió una bofetada al automedonte. Este
contestó con un revólver y disparándole
dos veces hirió á dos de los caribes. Los
restantes huyeron, cuando se presentó la
pareja de guardias civiles que por allí ro-
daba.

Me parece que fue un día aprovechado el
primero del año.

También se apagó la luz en el teatro de
Apolo. Desde que se ha obligado á los tea-
tros á usar la luz eléctrica, los especta-
dores están en las funciones con el alma en
un hilo eléctrico. Con la mayor facilidad
se queda la sala á oscuras y hay gritos,
sustos, confusiones... un espectáculo que
no se anuncia en el cartel.

Pero como todo se aprovecha en este
mundo, hay gentes que solo van al teatro
con la esperanza de proporcionarse la em-
oción que producen las tinieblas inespera-
das.

Todavía no han hecho de las suyas en es-
tos casos los tomadores de oficio; pero no
será extraño que acudan á los coliseos para
ver la función y apoderarse de los relojes
en el momento de oscuridad.

El Ayuntamiento de Madrid ha comen-
zado el año resolviendo que una calle de
Madrid llevé el nombre del célebre poeta
Ventura de la Vega. Ha reparado una in-
justicia.

Julio Nombela.

Variedades.

UN COMPOSITOR ESPAÑOL

Se llama D. Luis Alonso, y fue años hace á
Bruselas á seguir los estudios del arte bajo la
dirección del ilustre Guéyart, director del
Conservatorio de aquella capital. Prestóle al
efecto su ayuda la infanta doña Isabel, que
hoy puede estar orgullosa de haber sembra-
do en terreno fértil para el arte.

Un autor español no merecería tal nombre
si al intentar poner en música una obra no se
recordase de que nuestra historia y nuestras
leyendas están llenas de hechos y episodios
tan dramáticos como interesantes. Escogió el
más escogido y popular de los personajes de
nuestra escena, el Don Juan Tenorio, de
Zorrilla, y con este argumento ha hecho una
ópera que muy pronto tendrán ocasión de oír
los dilettanti rusos.

Expuesta ha sido la elección. También Mo-
zart ha escrito un Don Juan hace un siglo,
conquistando renombre inmortal. Acerca del
mérito del músico español consignamos una
opinión respetabilísima, la del notable Ber-
lioz, y dice así:

—Ignoro hasta qué punto podrá la nueva
ópera contribuir á la mayor gloria de un
maestro compositor, cuyo nombre es comple-
tamente desconocido; pero, ante la aparición
de una obra de arte de tal naturaleza, he

creído de mi deber romper el silencio que se
guarda de este asunto y comunicar á los es-
pañoles una noticia que tanto ha de halagar-
les y que tanta trascendencia ha de tener
para el desarrollo del arte musical de su pri-
vilegiado país.

Los que han tenido el gusto de oír las más
bellas páginas de la colosal producción que
acaba de terminar el novel compositor, que-
dan maravillados del mérito artístico que
revela en todas sus partes.

Precede al descorrer de la cortina teatral
una magnífica sinfonía que, solamente ejecu-
tada en un concierto, ya bastaría para inful-
trar en el ánimo del espectador la grandeza
fantástica que se envuelve en el drama.

Siguen á tan hermosa introducción aflu-
granados compases que expresan la crápula,
fría, irónica y sistemática de los funestos
apóstatas del placer y del mal, D. Juan y don
Luís: contrasta con la odiosidad que inspiran
los dos crapulosos la parte musical, que da
solemne idea del notable aspecto del comen-
dador, que antepone su sencilla y grave reci-
tado á las múltiples y triviales sonoridades de
las canciones orgiásticas y los insolentes dicte-
rios de aquellos dos desenfrenados calaveras.

Sucedé á la pasada explosión la calma tran-
quila de la vida monacal.

Doña Inés, en el convento, presa su alma
de los primeros hechizos del amor, exprésalo
con una melodía profana entremezclada de
armonías religiosas.

Pero lo superior, lo sublime, lo que excede
á toda ponderación, el trozo más importante
de la nueva ópera, es, sin duda alguna, la
célebre escena de amor entre D. Juan y doña
Inés. Soberbia creación, fragmento delicioso
que, impregnado del más puro sentimiento
musical y del más elevado pensamiento poéti-
co, será la página más bella de la nueva par-
titura del maestro español.

No pueden darse armonías más sublimes y
encantadoras que las que pintan la dulzura
del amor virginal de D. Inés, redentor del
antes impuro y crapuloso de D. Juan.

Las notas murmuradoras y misteriosas que
suben del fondo de las tablas, y los compases
que producen las combinaciones de la orques-
ta, traducen de suerte mágica y verdadera-
mente nueva las voces de la naturaleza, que
los dos amantes toman por testigo de sus ju-
ramentos de amor.

Después de la escena terrible en la cual don
Juan, regenerado por el amor, jura su en-
mienda á los pies de D. Gonzalo, sigue aquella
en que el héroe del drama, desesperado de
que no se crea en la verdad de su arrepenti-
miento, acaba con la vida de D. Luis y la del
comendador.

Un intermedio musical que para nada entra
en el plan del drama, por más que de esto
arranque la hermosa inspiración que le con-
forma, acaba de dar relieve á la genial manera
de componer de Alonso: los funerales de las
víctimas de Don Juan, Don Gonzalo y doña
Inés.

El cortejo fúnebre atraviesa la basílica en
que se celebra este acto religioso, añadiendo
así á la grandeza y suntuosidad de la escena
una brillantez sin igual.

En esta situación hállase el músico en su
elemento.

La expresa con tan abundante manantial de
riquezas armónicas y tal variedad de tonos,
que claramente ponen de manifiesto hasta qué
punto puede hacer alarde de su imaginación
potente y creadora.

Deleita oír los coros de las doncellas llo-
rando la muerte de su compañera cuando pa-
sa el cadáver de D. Inés; contrasta con los
toques de trompeta y de todo el metal de la

orquestra cuando desfila el cortejo guerrero
del comendador.

Esta página pasará seguramente á la poste-
ridad, como notable muestra de peregrina y
hábil instrumentación.

La larga extensión de este artículo me prohi-
be entrar en más detalles.

Sin embargo, imposible es pasar por alto
las lúgubres y fantásticas escenas del cemen-
terio y el bailable macabro, en donde la sinies-
tra fantasía del compositor comprueba tam-
bién su aptitud para este género.

Los espectros, las sombras, los juegos fá-
tuos, todos los terrores supersticiosos de ultra-
tumba que la poesía es impotente para expre-
sar en forma inteligible, ha sabido Alonso ha-
cerlas ver á la imaginación, entre neblinas,
por medio de la armonía y los recurreos or-
questales que ha puesto en juego.

Hay que oír aquellas tremebundas sonori-
dades enfurecidas del metal, aquel delirio de
los instrumentos de cuerda, que parecen
imitar en la imaginación el rugido de las
llamas del Averno, combinado con el sonido
hueco de los tambores y lo vertiginoso del rit-
mo.

Obra es de tal magnitud que, lo mereca
todo menos el olvido; oyéndola se impone im-
periosamente.

Sus representaciones serán un honor para
España y otra grandeza para la patria afortu-
nada de tantos grandes genios, que compro-
bará una vez más que esta nación, como las
más adelantadas de Europa, puede contar
entre sus hijos otro cuya fama artística su-
pere en mucho á la de sus célebres tore-
ros.

AUTÓGRAFOS DE ALEJANDRO DUMAS.

Nos referimos á Dumas padre. Sabido es
que el gran literato era también un gran ar-
tista culinario. Siempre que convidaba á co-
mer á la distinguida bohemia literaria, los ri-
cos platos que se saboreaban en su pródi-
ga mesa eran obra de su delicada gtono-
ría.

Un día que estaba atareado en su cocina
preparando una succulenta comida, un inglés
llamó á las puertas del célebre escritor fran-
cés. Ante la insistencia de presentar sus res-
petos al notable novelista el criado de este úl-
timo fue á pasar recado, no sin temor. Sabía
muy bien que su amo perdónaba que se le mo-
lestara escribiendo, pero no cuando hacía al-
gúnrito.

—Señor, un inglés solicita el honor de ha-
blar con V. dijo el sirviente.

Dumas que había vivido en España y sabía
como nosotros las graciosas significaciones
que damos á ciertas frases, al oír la palabra
inglés se volvió sobresaltado. Pero al momen-
to reflexionó que estaba en su patria y exclamó
encolerizado.

—Cómo? ha dicho usted, que estaba en
casa? no le tengo dicho que cuando es-
toy en la cocina he salido para todo el mun-
do?

—Perdone usted, ballyceó el confuso mu-
chacho; ese señor ha insistido tanto que...

—Es V. un estúpido... se está pagando el
arroz... déjeme V. en paz, diga V. á ese inglés
que vuelva otro día.

Salgó el criado, pero al cabo de pocos se-
gundos volvió todo colorado.

—Señor...

—¡Qué! otra vez!

—Dice que aguardará... que no tiene
prisa.

—De buena tierra es, V. la cazuela
de la lumbre, y será á despedirle.

Y en mangas de camisa, sin quitarse el de-